



Bitácoras de las reuniones del bosque

2 y 5 de agosto de 2017

*“...qué complicado es criar a los padres, a los abuelos,
a todos los grandes en general”*

El niño envuelto

¿Cuál es el oficio más difícil? -Ingeniero o físico- dijo Maya; -albañil en edificios altos- dijo Francisco; -¡Ser mamá!- Afirmó Vane... “. No, no y no. El oficio más difícil es el de ser niño” nos responde el texto “El niño envuelto” de Elsa Bornemann; las líneas siguientes nos van dejando más callados, más pensativos: “...es bastante incómodo ser chico. Por empezar, hay que pasarse buena parte del día con la cabeza levantada, como si uno viviera en un mundo de gigantes. Por eso me gusta cuando mi papá se sienta junto a mí o cuando mi mamá se arrodilla para darme un beso: entonces puedo ver nítidamente el color de sus ojos”. Todos nos hemos sentimos, como *niños envueltos*, aun siendo adultos. Ya no queremos ni autoritarismo ni condescendencia. Queremos abandonar la mirada vertical hacia la niñez, pero, pero... ¿cómo? ¡Qué difícil es criar a los adultos! Ahí mismo tuvimos un ejemplo cuando Vane nos relató su niñez y de inmediato su hija, Renata, le respondió: “déjame de presumir tu infancia” (¡Pero qué difícil es criar a los adultos!)

La conversación de esta semana tenía por objetivo reflexionar acerca de la relación entre la historia de la literatura infantil y la historia de la infancia, por lo que dejamos que nos guiara Daniel Goldin por los caminos de estos temas tan complejos. Él nos llevó atrás, muy atrás, a los orígenes mismos: “En el inicio fue el verbo”. Nos enfrascamos en un diálogo sobre el *acto de nombrar*, Vane y Francisco coincidieron en que quien nombra posee cierto poder sobre aquello que nombra. ¿Qué implicaciones tiene *la invención social de la infancia* para los niños? *Infans* es quien no habla (Goldin dice que sería más correcto decir *al que no se le escucha*). La palabra *infancia* no designa unívocamente la *realidad* de los niños, pero sí expresa la mirada del adulto sobre ellos.



¿Pero son tan lapidarias las palabras? ¿Son transparentes? No, babel es el ejemplo. La lengua es fuente de malentendidos, tantos que pareciera imposible comunicarnos, no obstante, lo hacemos. Para que la lengua sea un territorio de todos es necesario que sea, al mismo tiempo, ambigua, abierta. Como promotores de lectura, tomamos la palabra como nuestra herramienta para el encuentro, lo hacemos a sabiendas de su imperfección, porque es lo mejor que tenemos: “Con ese instrumento equívoco, a la vez oscuro y luminoso, los hombres posbabélicos levantamos diariamente torres más humildes... construimos la comunidad donde vivimos, el hogar donde continuamente nos consolamos y reconfortamos, la plaza donde buscamos y encontramos sentido” (Goldin). Sí, todo eso lo construimos con palabras. Por eso miramos con preocupación su desplazamiento, el poco valor que parece tener en nuestro días. ¿Qué damos cuando damos nuestra palabra? ¿Gato por liebre o nos damos a través de ella?

Los promotores, lectores y mediadores de lectura le asignamos un alto valor, por medio de ella buscamos transformar de poquito en poquito nuestro entorno. ¿Y cómo nos transforma la palabra? -nos pregunta Goldin. Para acercarnos a una respuesta nos propone indagar sobre la historia de la literatura infantil. Mirar su surgimiento y desarrollo nos muestra los modos en que la sociedad ha ido cambiando su visión sobre la niñez. Parece que ahora estamos en un buen momento, en tanto defendamos el territorio libre que debe ser la literatura (no un sitio de adoctrinamiento), un espacio dónde niños y adultos dialoguen, un espacio donde sean ellos quienes nos inventen, donde nos inventemos mutuamente de mil y un formas distintas, donde podamos vernos a los ojos. Somos constructores de pequeñas torres, casas de palabras en las que buscamos resguardar la alegría, la esperanza, la rebeldía, el coraje; y así van surgiendo pequeños baúles llamados libros. El tiempo no bastó para ahondar en este tema tanto como hubiésemos querido, un pretexto para un nuevo encuentro.

Para cerrar reinventamos el juego de las sillas, para demostrarnos a nosotros mismos que todos cabemos, que nadie debe quedarse al margen. Jugamos *la silla comunitaria*, que es como el juego de las sillas que todos conocemos pero donde, a pesar de perder sillas, no perdemos personas, nuestro reto fue lograr sentarnos todos en la única silla que quedó al final ¿y qué creen? ¡Lo conseguimos! Estábamos tan



contentos que jugamos otro juego, uno que Gianni Rodari nos enseñó para inventar historias colectivas: *¿y entonces?* Surgió un relato sobre un perro hambriento que consigue una salchicha y y y... Si quieren conocer el cuento que nació esa tarde, vengan a jugar con nosotros... Les esperamos con la palabra abierta y los oídos atentos.

Come frutas y lecturas

Hasta la lectura siempre

